

1808

año crucial para España y América

< POR GONZALO ORTIZ CRESPO >

A pesar de la crisis económica con que terminó su reinado **Carlos III de Borbón** (1716-1788), parecía que el modelo de reformas y progreso material del “despotismo ilustrado” seguiría funcionando bien en la Europa del siglo XVIII. Pero la historia tiene sorpresas y mucho iba a cambiar solo un año después de su muerte: en 1789 estalló la Revolución Francesa, lo que sembró el temor en todas las casas reales de Europa, algunas de las cuales, como la de España, en manos de **Carlos IV de Borbón** (1748-1819), no se le ocurrió mejor medida que quedarse con el despotismo y abandonar cualquier reforma ilustrada.

La alianza con Napoleón y la derrota de Trafalgar

Carlos IV era un hombre con mucha experiencia política pero poco carácter. Conocía bien los asuntos de Estado, pero dejó el Gobierno en manos de su esposa **María Luisa de**

Parma y del primer ministro **Manuel Godoy**, de quien la mayor parte de los historiadores dice que fue el amante de la reina.

En El 2 de Mayo o La carga de los mamelucos, Goya muestra cómo el pueblo de Madrid se defiende con cualquier arma.



Para los criollos quiteños que ansiaban la libertad, lo que aconteció en 1808 en España y, en especial, la sustitución de Carlos IV

por Fernando VII y la de éste por José Bonaparte, fue la ocasión para proclamar el retorno de la soberanía al pueblo e iniciar

el camino de la emancipación. España habría de iniciar también una guerra de Independencia contra los invasores franceses.

Godoy tampoco era el más apropiado para arreglar el caos económico y administrativo que se profundizaba en España, mientras se seguían en la Corte con temor creciente los vaivenes de la Revolución Francesa y su radicalización. En todo caso, teniendo en mientes que compartían con Francia un poderoso enemigo común: Inglaterra, Godoy y la casa real resolvieron pasar el trago amargo de la ejecución de **Luis XVI** y **María Antonieta**, y hacer las

paces con la naciente República, lo que se concretó mediante el tratado de San Ildefonso (1796) y, ya con **Napoleón Bonaparte** en el Gobierno, el de Aranjuez (1801), que precisamente acordaba la colaboración entre España, Francia y la República Bátava (Holanda) para una invasión conjunta a Inglaterra y a sus colonias en el Caribe.

A España le movían numerosos e importantes motivos para contribuir con dinero, tropas y barcos a la guerra contra

Inglaterra: el interés de la recuperación de Gibraltar, la neutralización del creciente contrabando de bienes ingleses tanto en España como en América, el dominio de las rutas marítimas, la seguridad de las remesas de oro y plata desde América. Francia, por su parte, sentía amenazadas sus colonias en el Caribe, su propia expansión económica y comercial, además del llamado que sentía para expandir las libertades y el constitucionalismo en el mundo europeo.

RECUADRO 1

POR NO HACERLE CASO A JORGE JUAN

Los ecuatorianos han oído de **Jorge Juan de Santacilia**, aquel joven marino español que acompañó a la misión geodésica francesa presidida por **Charles Marie de La Condamine** y llegada a Quito en 1736 para averiguar cuánto medía un grado del meridiano terrestre y despejar, por fin, uno de los debates científicos más acalorados del momento: si la Tierra era achatada como una mandarina o redonda como una naranja.

Pero lo que no se ha sabido por estas tierras equinociales que él recorrió es que las siguientes etapas de su vida fueron, en realidad, dignas de una novela, pues fue espía en Londres, genio de la arquitectura naval y las matemáticas, embajador en Marruecos (1767-1770) y director del Seminario de Nobles de Madrid (1770-1773), cuando le sorprendió la muerte a los 60 años.

En abril de 1749, Jorge Juan, para entonces ya capitán de fragata, fue enviado con un nombre falso a la capital británica, donde se hizo pasar por librero y matemático, embaucando a la propia Royal Society, en la que fue admitido (como lo había sido, tres años antes y con su nombre real su antiguo compañero **Antonio de Ulloa**). Pero la misión de Jorge Juan era otra: durante año y medio se dedicó a espiar barcos y astilleros, y hasta se sumergió varias veces en las frías aguas del Támesis para conseguir información.

El espía de **Fernando VI** tuvo tanto éxito en su misión, que no solo obtuvo datos sobre el sistema de construcción británico, sino que consiguió llevarse a España a medio centenar de técnicos navales (una auténtica “fuga de cerebros”). “Fue una de las operaciones más brillantes y exitosas de los servicios secretos españoles”, sostiene **Pablo de la Fuente**, experto en tecnología naval en un reciente estudio.

Una de las cosas que el marino, científico y espía descubrió era que los ingleses usaban elementos de fijación de madera, mientras que los clavos metálicos que utilizaban los españoles, al oxidarse, dañaban el casco. También, que construían de otra forma las cuadernas, las costillas de la nave, porque no dejaban espacios vacíos entre ellas, lo que reforzaba todo el barco. Con estos datos y otras observaciones, Jorge Juan, de regreso a España, diseñó y construyó, ayudado de su medio centenar de ingleses y echando mano de lo mejor de las escuelas británica, francesa y española, más de 60 navíos para la armada ibérica. Éstos habrían de durar tres veces más que los anteriores, que no sobrevivían más de doce años. Pero, además, consiguió barcos con más capacidad de maniobra, gracias a sus conocimientos de hidrodinámica. “Uno de los aspectos más sobresalientes que ha dado la ciencia del siglo XVIII ha sido la aplicación del cálculo infinitesimal a la arquitectura naval. Y en este terreno, Jorge Juan fue uno de los protagonistas más significativos”, dice De la Fuente.



Retrato de época de Jorge Juan de Santacilia.

Pero los vaivenes de la política dieron al traste con los logros del genio naval: al caer en desgracia el marqués de la Ensenada, quien lo había protegido, el nuevo hombre fuerte, el marqués de la Victoria hizo de lado a Jorge Juan, decidió que había que olvidarse del modelo inglés e hizo traer expertos franceses para que fueran ellos quienes diseñaran los navíos españoles... Una auténtica bofetada para Jorge Juan, quien, antes de morir, advirtió a **Carlos III** que la subordinación al modelo naval francés acabaría causando graves pérdidas a la Armada, lo que se cumplió tres décadas después en la batalla de Trafalgar: las naves pesadas, mal mantenidas, mal provistas habrían de sucumbir ante los ágiles y al mismo tiempo robustos barcos ingleses.

El desastre de Trafalgar el 21 de octubre de 1805 trastocó los planes de la invasión. Fue una estratagema que salió al revés de lo que se planeaba, y que tuvo inmensos costos para España y Francia. Napoleón pensaba en maniobras distractivas para alejar a la poderosa armada inglesa del canal de la Mancha, mientras agrupaba a su *Grande Armée* en Bologne-sur-Mer para cruzar el brazo de mar en cuanto fuera posible. Pero lo que sucedió fue la derrota total de la flota franco-española, al mando del almirante francés **Pierre Villeneuve**, a pocas millas del cabo de Trafalgar, cerca de Cádiz, con episodios vergonzosos como la huida de cuatro barcos franceses (doce días después capturados también por los ingleses), mientras los demás se batían heroicamente contra un enemigo superior, no por número de barcos u hombres (*Cuadro*), sino por la mejor marinería de sus barcos, su mayor capacidad de tiro y la voluntad indomable de su almirante, Lord **Horatio Nelson**, que aunque per-

dió la vida en el combate, se convirtió en el mayor héroe de la historia naval británica.

Se dice que, por pelear con todas sus condecoraciones e insignias cosidas a la chaqueta de su uniforme, Nelson fue fácilmente identificable por un tirador experto que le disparó desde el palo mayor del navío francés *Redoutable*. Fue atendido en cubierta y todavía pudo dar órdenes mientras agonizaba. Pero ya para entonces había roto con la ortodoxia naval, pues en vez de entablar combate poniéndose en una línea paralela a la flota enemiga, como era lo usual, atacó al centro de ésta, con dos columnas perpendiculares, la una comandada por él mismo a bordo del *Victory* y la otra por su segundo al mando, el vicealmirante Collingwood en el *Royal Sovereign*, que cortaron la flota franco-española en dos mitades, encargándose Nelson y sus barcos de la nave capitana y de las que navegaban delante de ella, mientras su segundo tomaba a las de la cola (*Gráfico*).

Las consecuencias de la batalla fueron malas para Francia (aunque, por esas cosas del destino, al no poder cruzar el canal, Napoleón envió de regreso al interior a los tres cuerpos de su ejército, lo que le permitió enfrentar y vencer a las tropas de Rusia y Prusia, dos meses después, en Austerlitz), pero definitivamente fueron trágicas para España, pues, además de las ingentes bajas en hombres y naves (*Cuadro*), España perdió para siempre su supremacía naval, de la que Inglaterra se apoderó desde ese momento para dominar los mares del mundo, es decir, el mundo, por el siguiente siglo, hasta la Primera Guerra Mundial. Una novela reciente que pinta con furia la ineptitud de Villeneuve y el heroísmo de los combatientes es *Cabo Trafalgar* de A. Pérez Reverte.

Por supuesto, quien sabe que la historia no la hacen exclusivamente los hombres y las batallas ganadas, o perdidas, reflexionará que fue el poderío económico y las transformaciones sociopolíticas de Inglaterra lo que la mantuvo como poder dominante, pero Trafalgar no deja de ser un hito en esa historia. Los ingleses lo saben: por eso, uno de los sitios emblemáticos de Londres es Trafalgar Square, en cuyo centro se levanta la airosa columna coronada por la estatua de Nelson.

Ocupación francesa y abdicación de Carlos IV

La dura derrota de Trafalgar pronto adquirió connotaciones trascendentes para los españoles. La fracasada invasión a Inglaterra por la coalición llevó a Napoleón a decretar el llamado “bloqueo continental”, que intentaba quebrar la economía de su enemigo impidiéndole todo comercio con Europa. Sin embargo, Portugal, aliado tradicional de los ingleses, se negó a acatarlo, por lo que Napoleón decidió someterlo por la fuerza. Como no podía ser por mar, dominado más que nunca por la Armada inglesa, Portugal debía ser invadido por tierra. Y ello implicaba usar los ejércitos españoles y atravesar España con los franceses.

Para ganarse la voluntad del valido del rey, Manuel Godoy, Napoleón

LA REVOLUCIONARIA ESTRATEGIA DE NELSON EN TRAFALGAR

Horatio Nelson optó por atacar perpendicularmente a la Armada franco-española, en vez de ponerse en una línea paralela como era usual.



LAS PÉRDIDAS EN TRAFALGAR

	Flota inglesa	Flota combinada franco-española	
		España	Francia
Fallecidos	449 (entre ellos el vicealmirante Horatio Nelson y 13 de sus más destacados oficiales)	1.025 (entre ellos el comandante Cosme de Churruca y los capitanes Luis Pérez del Camino Llarena; Dionisio Alcalá Galiano y Francisco Alcedo y Bustamante)	2.218
Heridos	1.246	1.246 (entre ellos el almirante Federico Gravina y Nápoli, quien moriría meses más tarde a causa de las heridas sufridas en esta batalla)	1.155
Presos	0	2.500	500
Barcos perdidos	0	10	12
Fuerzas en combate			
Navíos	27 navíos de línea; 4 fragatas; 2 otros	15 navíos de línea	18 navíos de línea; 2 otros
Combatientes	20.000	12.000	15.000

despertó su codicia: en el Tratado de Fontainebleau —firmado por los representantes de los dos el 27 de octubre de 1807 y en el que se acuerda la invasión conjunta a Portugal y, por ende, se permite el paso de tropas francesas por territorio español—, se prevé también la partición de Portugal en tres segmentos, uno de los cuales, el del sur, pasaría a llamarse el principado de los Algarves y su príncipe sería nada menos que Godoy.

La “invasión conjunta” fue una trampa, pues el ejército español se movilizó en una acción de tenazas para ocupar Portugal por el norte y sur, dejando el propio territorio español desguarnecido. El ejército francés, que había entrado a España incluso antes de la firma del Tratado de Fontainebleau, atravesó en mes y medio la península (con algunos incidentes aislados, por el rechazo que empezaba a mostrar la población) y el 30 de noviembre entró a Lisboa, desguarnecida ya, pues el día anterior, el príncipe Regente, futuro rey **Juan VI**, acompañado de 15.000 personas, habían emprendido el éxodo a Brasil, donde establecería la corte durante tres lustros.

¿Qué sucedió entonces? El Tratado no preveía que las tropas francesas se

quedasen en España, pero la realidad era que ejércitos franceses permanecían en una cadena de ciudades: Barcelona y Figueras en Cataluña; Pamplona y San Sebastián en el País Vasco; Burgos y Salamanca en Castilla. España cayó en cuenta un poco tarde de que este despliegue, que llegó a ser de 65.000 hombres, permitía a los franceses controlar toda la península ibérica.

¿Fue Godoy el que, de manera oculta, autorizó estos planes de Napoleón? Puede ser, pero la verdad es que el valido del rey y la propia familia real se asustaron de la situación y, en marzo de 1808, se mudaron a Aranjuez (a 50 km de Madrid), con la idea de que, en caso de necesidad, seguirían el ejemplo de los portugueses y se embarcarían para América en Sevilla.

Pero las cosas no pintaban bien para el valido del rey en el Real Sitio y Villa de Aranjuez, porque sus pobladores estaban cada vez más descontentos con el inmenso poder de Godoy y sus relaciones con la reina María Luisa —con el mar de fondo de la derrota de Trafalgar, los impuestos de guerra y la pésima situación económica. Todo este descontento explotó el 17 de marzo de 1808 en lo que se

conoce como el *Motín de Aranjuez*, un levantamiento popular que se precipitó por el rumor de que los reyes realmente iban a salir de viaje para América.

Sin embargo, el motín no fue del todo espontáneo: el heredero del trono y príncipe de Asturias, **Fernando de Borbón**, había empezado a ser el centro de un grupo de conspiradores, descontentos también ellos con el poder y las maniobras de Godoy y la incapacidad de Carlos IV para ponerle coto. Por eso, un grupo de estos complotados azuzó esa mañana al pueblo para que asalte el palacio de Godoy e incendie sus enseres. El valido se salva, pero dos días más tarde se lo encuentra escondido entre esteras, en su propio palacio. Se lo saca y se lo traslada al cuartel de la guardia personal del rey, sin ahorrarle vejámenes y golpes. Temiendo que se lo mate, el propio príncipe de Asturias interviene para calmar al pueblo. Carlos IV se ve forzado a publicar un decreto privando al favorito de los cargos de generalísimo y almirante. Pero las cosas no iban a quedar allí: al día siguiente, el propio Carlos IV, consciente del ascendiente del heredero sobre la multitud, de su propia impopularidad y de la posición del ejército, abdica de su

trono, permitiendo que su hijo ascienda con el nombre de **Fernando VII**.

El 2 de mayo en Madrid

Fernando VII se traslada a Madrid, pero el mariscal **Murat** decide ocupar la capital el 23 de marzo. El recién poseionado rey le recibe como aliado, esperando en que Napoleón mantendrá su palabra. Pero éste pronto tuvo clara la escena, casi ridícula: tanto el rey abdicado como el rey ascendido acudían a él como árbitro en la pugna de poder en que estaban empeñados. Napoleón se hizo la composición de lugar, y decidió que la falta de mando, las pugnas internas y la ausencia de la mayor parte del ejército español, ocupando Portugal, le iban a permitir, de manera más fácil de lo que había imaginado, aquello en que había pensado al colocar a su propio ejército en ciudades estratégicas de la península: servirse España en bandeja.

Así que, sin esperar más, convocó a los dos Borbones a Bayona. La humillación era mayúscula, pero no hubo forma de evitarla. Fernando, que había dejado como su representante en Madrid a una Junta de Gobierno, llegó a la ciudad francesa el 20 de abril y diez días después lo hicieron sus padres, Carlos IV y María Luisa de Parma. Napoleón no se anduvo por las ramas y obligó a los dos a renunciar a la Corona de España a su favor, lo que ocurrió el 5 de mayo de 1808, cediéndola de inmediato a su hermano mayor **José Bonaparte**, quien desde 1806 era rey de Nápoles. Los Borbones quedaron presos, en jaula de oro.

Lo que ese día no se sabía en el suroeste de Francia, donde está Bayona, es lo que estaba aconteciendo en Madrid. Lo sabrían enseguida. Allí el pueblo, como respuesta a la represión francesa que cañoneó a vecinos congregados en la Puerta del Sol, se había levantado el 2 de mayo, atacando con cuchillos, palos y piedras y hasta con ollas de líquidos hirvientes que se lanzaban desde los balcones, a las tropas francesas, las que respondieron con bala y bayoneta (*Recuadro 2*). Goya dejó prueba gráfica de aquel día: *El dos de mayo o La carga*

RECUADRO 2

EL LEVANTAMIENTO DEL 2 DE MAYO

El hecho que desencadenó el conflicto abierto entre madrileños y franceses fue una disposición emanada de la Junta de Gobierno nombrada por Fernando VII como Gobierno provisional y emitida a instancias de Murat. En ella se ordenaba salir hacia Bayona a los miembros de la familia real que aún permanecían en la capital. La comitiva tenía que partir del Palacio Real el día 2 de mayo llevando a la reina de Etruria (**María Luisa de Borbón**), y al infante don **Francisco de Paula**, hijo menor de Carlos IV.

Ese día había más gente que de costumbre en la Puerta del Sol. Un grupo se había apostado junto a las puertas del Palacio Real. Ante un intento de detener a la comitiva, Murat ordenó colocar cañones en el extremo de la plaza y disparar. El ataque dejó heridos y muertos en el suelo y dispersó al gentío que salió corriendo y gritando la noticia por la ciudad.

Al principio la caballería francesa cargó contra la multitud concentrada en la Puerta del Sol. Tras dos horas de lucha, los franceses sofocaron la rebelión con un cañón que barrió la plaza con metralla.

Las tropas francesas empezaron a ser atacadas por madrileños que no iban armados y utilizaban navajas, palos, instrumentos cortantes... La insurrección se propagó por toda la villa. La lucha, intensa y violenta por ambas partes, duró hasta las tres de la tarde.


(Panel de la exposición Madrid 1808, Ciudad y Protagonistas, Centro Cultural Conde Duque, Madrid)



de los mamelucos, donde se puede ver a estas tropas africanas, un regimiento sanguinario que acompañaba a los franceses, cargando contra un pueblo que se defiende con cuanto tiene a mano. A los cientos de muertos del 2 de mayo hay que añadir los fusilados del día 3, sobre

Uno de los cuadros más dramáticos de la historia del arte: Los fusilamientos del 3 de mayo por Goya.

el que Goya también pintó uno de los cuadros históricos más dramáticos de la historia del arte: *Los fusilamientos del 3 de mayo en la montaña del Príncipe Pío* de



Madrid. Fue el comienzo de lo que más tarde se conocería como la Guerra de la Independencia, y que no se detendrá hasta expulsar en 1814 a los franceses de suelo español.

La revuelta se extendió por toda España y tomó mucho más cuerpo cuando se supo de la abdicación de Fernando VII y el nuevo rey impuesto por Napoleón. En muchas ciudades españolas, se organizaron juntas provisionales que se proclamaban autónomas y que garantizaban gobernar hasta el retorno de Fernando VII al trono. La Junta Suprema de Sevilla, aunque proclamó algunas libertades democráticas, se autodefinió como Gobierno de toda España, así mismo hasta que volviera el rey legítimo. De allí que pronto se le conociese a este rey como *El Deseado*. A su vuelta al trono, porque España terminaría derrotando a Napoleón, el Borbón iba a demostrar que no se merecía tanta espera: él suprimiría la Constitución de Cádiz y todas las libertades e impondría un régimen despótico.

Pero aquello es adelantarse a los acontecimientos. Lo sucedido en marzo, abril y mayo de 1808 se supo en Quito, como en todas las colonias españolas, con el retraso de aquellos tiempos, algo más de un par de meses después, por cartas de los americanos que se hallaban en España y despachos oficiales. **José Mejía Lequerica** narraría los acontecimientos a su esposa **Manuela Espejo**, de la siguiente manera: “En grandes riesgos hemos estado todos los habitantes de Madrid, y yo mismo corrí mucho peligro, el día 2 de mayo próximo pasado, día tristemente memorable por el valor y lealtad de los españoles y por la sangrienta barbaridad de los franceses, nuestros tiranos”.

En la Guerra de la Independencia española lucharían varios quiteños: el propio Mejía, que defendió más tarde una de las puertas de Madrid contra el ejército comandado por el mismísimo Napoleón y que luego huiría a Sevilla, disfrazado de carbonero, pasando todo tipo de penalidades por casi un mes; **Carlos Montúfar**, que participa en la batalla de Bailén, y **Juan José Matheu y Herrera**, conde de Puñonrostro.

En América, los hechos de España habrán de considerarse la ocasión impostergable para recuperar la soberanía, pues la ausencia del monarca permitía que retornase el poder al pueblo, según el propio derecho positivo español. Como pretexto proclamaron que solo lo hacían por fidelidad al rey Fernando VII prisionero en Bayona, y también en rechazo a las pretensiones de Napoleón en América, pero en la realidad fue el inicio del camino hacia la autodeterminación política. Quito habría de ser la primera: ya en diciembre de 1808 en la hacienda de Chillo Compañía tendría lugar una reunión conspiradora para echar abajo al Gobierno colonial, como se verá en el próximo capítulo de esta apasionante serie. 